

Beato Marie-Joseph CASSANT (1878-1903)



Retrato por Hna Anna-Maria, Vitorchiano

- **Oración**
- **Biografía**
- **Carta del Beato**
- **Algunas reflexiones al margen de la beatificación del Beato Marie-Joseph Cassant** (P. Lode Van Locke)

Oración

Oh Dios,
gloria de los humildes,
que has inspirado al Beato José María
un amor ardiente a la Eucaristía,
y lo has conducido al desierto a través del Corazón de Jesús,
concédenos,
animados por su ejemplo e intercesión,
que no antepongamos nada a Cristo,
para que nos lleve a todos a la vida eterna.
Por Él que...

Biografía

Joseph-Marie Cassant nació el 6 de marzo de 1878 en Casseneuil, en el Lot-et-Garonne (diócesis de Agen, Francia) en una familia de agricultores que ya contaba con un hijo varón de nueve años. Estudió en el internado de los hermanos de San Juan Bautista de la Salle de Casseneuil, donde tuvo dificultades debido a su falta de memoria. Tanto en su casa como en el internado recibió una sólida formación cristiana y, poco a poco, creció en él el deseo profundo de ser sacerdote. Su párroco, D.

Filhol, le apreciaba mucho y le ayudó en sus estudios por medio de un vicario, pero su poca memoria siguió siendo un obstáculo para su ingreso en el seminario menor. Mientras tanto, el adolescente fue introduciéndose en el silencio, el recogimiento y la oración. El párroco Filhol le sugirió que se dirigiera a la Trapa: el joven de 16 años aceptó sin dudar. Tras un tiempo de prueba en la casa parroquial, Joseph entró en la abadía cisterciense de Santa María del Desierto (diócesis de Toulouse, Francia) el 5 de diciembre de 1894.

En ese momento el maestro de novicios era el Padre André Malet. Él sabía captar las necesidades de las almas y responder a ellas con humanidad. Desde el primer encuentro manifestó su benevolencia: «¡Confía! yo te ayudaré a amar a Jesús». Los hermanos del monasterio no tardaron en mostrar aprecio por el recién llegado: Joseph no era ni discudidor ni gruñón, sino que siempre estaba contento y sonriente.

Contemplando frecuentemente a Jesús en su pasión y en la cruz, el joven monje se impregnó del amor a Cristo. El «camino del Corazón de Jesús», que le enseñó el Padre André, es una llamada incesante a vivir el instante presente con paciencia, esperanza y amor. El Hermano Joseph-Marie es consciente de sus lagunas y su debilidad. Pero se fía cada vez más de Jesús que es su fuerza. No le gustan las medias tintas. Quiere darse totalmente a Cristo. Su divisa lo atestigua: «Todo por Jesús, todo por María». Fue admitido a pronunciar sus votos definitivos el 24 de mayo del 1900, en la fiesta de la Ascensión.

A partir de entonces comenzó su preparación al sacerdocio. El Hermano Joseph-Marie lo deseaba sobre todo en función de la Eucaristía. Ésta es para él la realidad presente y viviente de Jesús: el Salvador entregado totalmente a los hombres, cuyo corazón traspasado en la cruz, acoge con ternura a los que acuden a Él con confianza. Los cursos de teología que le dio un hermano poco comprensivo causaron afrentas muy dolorosas en la viva sensibilidad del joven monje. En todas las contradicciones él se apoya en Cristo presente en la Eucaristía, «la única felicidad en la tierra», y confía su sufrimiento al Padre André que lo ilumina y reconforta. Finalmente, habiendo aprobado los exámenes, tiene la inmensa alegría de recibir la ordenación sacerdotal el 12 de octubre de 1902.

Pronto constatan que está afectado de tuberculosis. El mal está muy avanzado. El joven sacerdote no revela sus sufrimientos hasta el momento en que no puede ocultarlos más: ¿por qué quejarse cuando se medita frecuentemente el Vía Crucis del Salvador? A pesar de su estancia de siete semanas con su familia, a petición del Padre Abad, sus fuerzas declinan cada vez más. A su regreso al monasterio, lo mandan a la enfermería donde tuvo una nueva ocasión de ofrecer, por Cristo y la Iglesia, sus sufrimientos físicos cada vez más intolerables, agravados por las negligencias de su enfermero. Más que nunca, el Padre André le escucha, le aconseja y le sostiene. Joseph-Marie dijo: «Cuando no pueda celebrar más la Misa, Jesús podrá retirarme de este mundo». El 17 de Junio de 1903, por la mañana, tras comulgar, el Padre Joseph-Marie alcanzó para siempre a Cristo Jesús.

A veces se ha subrayado la banalidad de esta corta existencia: dieciséis años discretos pasados en Casseneuil y nueve años en la clausura de un monasterio, haciendo cosas simples: oración, estudios, trabajo. Cosas simples, sí, pero supo vivirlas de forma extraordinaria; pequeñas acciones, pero realizadas con una generosidad sin límites. Cristo puso en su espíritu, limpio como agua de manantial, la convicción de que sólo Dios es la suprema felicidad, que su Reino es semejante a un tesoro escondido y a una perla preciosa.

El mensaje del Padre Joseph-Marie es muy actual: en un mundo de desconfianza, a menudo víctima de la desesperación, pero sediento de amor y de ternura, su vida puede ser una respuesta, sobre todo para los jóvenes que buscan un sentido a la propia vida. Joseph-Marie fue un adolescente sin relieve ni valor a los ojos de los hombres. Debe el acierto de su vida al encuentro impresionante con Jesús.

Supo seguirle en una comunidad de hermanos, con el apoyo de un Padre espiritual que fue al mismo tiempo testimonio de Cristo y capaz de acoger y comprender.

Él es para los pequeños y humildes un magnífico modelo. Les enseña cómo vivir, día tras día, para Cristo, con amor, energía y fidelidad, aceptando ser ayudados por un hermano o una hermana experimentados, capaces de conducirlos tras las huellas de Jesús.

El 9 de junio de 1984, el Santo Padre Juan Pablo II reconoció la heroicidad de sus virtudes. Fue declarado beato por el mismo Papa el 3 octubre 2004.

Homilía de Juan Pablo II tras la beatificación

(Homilía de Juan Pablo II pronunciada el domingo, 3 octubre 2004, en la solemne celebración eucarística en la que proclamó beatos a los siervos de Dios Pedro Vigne (1670-1740) – sacerdote, fundador de la Congregación de las Religiosas del Santísimo Sacramento-, Joseph-Marie Cassant (1878-1903) –sacerdote, monje de la Orden del Císter Reformado-, Anna Katharina Emmerick (1774-1824) –virgen, de la Orden de la Canónigas Regulares de San Agustín--, María Ludovica De Angelis (1880-1962) –virgen, de la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia de Savona— y Carlos de Austria (1887-1922), emperador y rey.)

[En italiano]

1. «*Verbum Domini manet in aeternum – La Palabra del Señor permanece para siempre*».

La exclamación del Canto al Evangelio nos vuelve a llevar a los fundamentos mismos de la fe. Frente al paso del tiempo y a las continuas alteraciones de la historia, la revelación que Dios nos ha ofrecido en Cristo permanece estable para siempre y abre sobre nuestro camino terrenal un horizonte de eternidad.

Es cuanto experimentaron de manera singular los cinco nuevos beatos: Pedro Vigne, Joseph-Marie Cassant, Anna Katharina Emmerick, María Ludovica De Angelis, Carlos de Austria. Ellos se dejaron guiar por la Palabra de Dios como por un faro luminoso y seguro, que nunca dejó de alumbrar su camino.

[En francés]

2. Al contemplar a Cristo presente en la Eucaristía y en la Pasión salvífica, el padre Pierre Vigne fue orientado a ser un auténtico discípulo y un misionero fiel a la Iglesia. ¡Que su ejemplo dé a los fieles el deseo de sacar del amor a la Eucaristía y de la adoración al Santísimo Sacramento la audacia por la misión! Pidamos que toque el corazón de los jóvenes para que acepten consagrarse totalmente a él en el sacerdocio o la vida religiosa, si son llamados por Dios. Que la Iglesia en Francia encuentre en el padre Vigne un modelo para que surjan nuevos sembradores del Evangelio.

3. El hermano Joseph-Marie puso siempre su confianza en Dios, en la contemplación del misterio de la Pasión y en la unión con Cristo presente en la Eucaristía. De este modo se impregnaba del amor de Dios, abandonándose a Él, «única felicidad en la tierra», y desapegándose de los bienes del mundo en el silencio de la Trapa. En medio de las pruebas, con los ojos puestos en Cristo, ofrecía sus sufrimientos por el Señor y por la Iglesia. ¡Que nuestros contemporáneos, en particular los contemplativos y los enfermos, puedan descubrir, siguiendo su ejemplo, el misterio de la oración, que eleva el mundo a Dios y que da fuerza en las pruebas!

[En español]

4. «Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio» (2 Tm 1,7). Estas palabras de San Pablo nos invitan a colaborar en la construcción del Reino de Dios, desde la perspectiva de la fe. Bien se pueden aplicar a la vida de la Beata Ludovica de Angelis, cuya existencia estuvo consagrada totalmente a la gloria de Dios y al servicio de sus semejantes.

En su figura destacan un corazón de madre, sus cualidades de líder y la audacia propia de los santos. Con los niños enfermos tuvo un amor concreto y generoso, afrontando sacrificios para aliviarlos; con sus colaboradores en el Hospital de La Plata fue modelo de alegría y responsabilidad, creando un ambiente de familia; para sus Hermanas de comunidad, fue un auténtico ejemplo como Hija de Nuestra Señora de la Misericordia. En todo estuvo sostenida por la oración, haciendo de su vida una comunicación continua con el Señor.

[En alemán]

5. La beata Anna Katharina Emmerick mostró y experimentó en su propia piel «la amarga Pasión de Nuestro Señor Jesucristo». El hecho de que de hija de pobres campesinos, que insistentemente buscaba la cercanía de Dios, se convirtiera en la famosa «mística de Münster» es una obra de la Gracia divina. A su pobreza material se contraponen su rica vida interior. Igual que la paciencia para soportar sus debilidades físicas, nos impresiona la fuerza del carácter de la nueva beata y su firmeza en la fe.

Esta fuerza la recibió ella de la Santa Eucaristía. De este modo su ejemplo abrió a la completa pasión amorosa hacia Jesucristo los corazones de los hombres pobres y ricos, de las personas cultas y humildes. Aún hoy comunica a todos el mensaje salvífico: «Gracias a sus heridas hemos sido curados» (Cf. 1 P 2, 24).

6. El deber decisivo del cristiano está en buscar en todo la voluntad de Dios, en conocerla y ponerla por obra. Este desafío diario fue afrontado por el hombre de Estado y cristiano Carlos, de la casa de Austria. Fue un amigo de la paz. A sus ojos la guerra era «algo horrible». Ascendido al trono en medio de la tempestad de la Primera Guerra Mundial, intentó retomar la iniciativa de paz de su predecesor Benedicto XV.

Desde el principio el emperador Carlos entendió su tarea de soberano como un santo servicio a las gentes. Su primera necesidad era seguir la llamada de los cristianos a la santidad en su conducta política. Por esto consideraba importante la idea del amor social. ¡Que sea siempre un modelo para todos nosotros, en particular para quienes hoy tienen una responsabilidad política en Europa!

[En italiano]

7. Junto a toda la Iglesia, alabamos y damos gracias al Señor por las maravillas que ha realizado en estos siervos buenos y fieles del Evangelio. Que María Santísima, a quien durante este mes de octubre invocamos de forma especial con el rezo del Rosario, nos ayude a convertirnos a nuestra vez en generosos y valientes apóstoles del Evangelio. ¡Amen!

[Traducción de los pasajes en italiano, francés y alemán realizada por Zenit. Muchas gracias a Zenit por su autorización...]

Carta del Beato Marie-Joseph Cassant

(De las cartas del Beato José María Cassant a sus padres)

23/12/1902; 24/5/1903

Todo por el Corazón de Jesús

Queridísimos padres:

He aquí que estamos en Navidad, aurora del Año Nuevo. No dejemos, sin embargo, pasar el año que termina sin examinarnos a nosotros mismos.

Consideremos ante todo que este año ha sido para toda la familia un año de privilegios: el 22 de febrero fue el diaconado, que abre la puerta hacia el sacerdocio, y el 12 de octubre hemos visto la realización de todos nuestros deseos. ¡Seríamos muy desagradecidos si no quisiéramos reconocer en todo esto la protección especial del Corazón de Jesús!

Desde hace mucho tiempo estábamos esperando contra toda esperanza podernos encontrar en familia después de mi ordenación, para tener la alegría de estar en mi primera Misa y recibir en ella la comunión: el Buen Dios ha escuchado nuestros más queridos deseos.

Debemos simplemente darle gracias y compenetrarnos cada vez más de la grandeza del sacerdocio. No debemos parangonar el sacrificio de la Misa con las cosas de la tierra. Deseo, pues, a todos un Año Nuevo, bueno, feliz y santo desde todo punto de vista. Nada de preocupaciones. Sabed que ya soy sacerdote y que no os olvido.

Tomemos la resolución de aprovechar el tiempo de nuestra vida semejante a un líquido que se derrama y al humo que disipa un mínimo soplo de aire, o al relámpago que cruza la nube y desaparece. Y sin embargo es preciso aprovecharlo bien.

Para lograr emplear bien todos nuestros instantes, es necesario hacer todo por amor, en unión con el Corazón de Jesús, desechando las preocupaciones inútiles. El mejor deseo que puedo tener es que permanezcamos unidos en el Corazón de Jesús.

Gracias por vuestra carta dictada por el corazón. Acabo de recibir las hermosas fotos y os las agradezco: serán un buen recuerdo de familia.

Por todo esto sea bendito el Corazón de Jesús. Os invito a honrarlo, está expuesto en vuestra casa: unámonos en el Corazón de Jesús, para pedirle que nos proteja.

En cuanto a mi salud, siempre es poco más o menos lo mismo, estoy atendido muy bien; no asisto a ningún acto comunitario, y con el calor tengo a veces problemas de respiración. Tengo también un ligero resfriado que me obliga a toser. ¡Todo sea por el Corazón de Jesús!

Termino augurando que estemos siempre unidos en el Corazón de Jesús, así en la tierra como en el cielo.

Algunas reflexiones al margen de la beatificación del Beato Marie-Joseph Cassant

por el Padre Lode van Hecke, ocsa.

Con frecuencia conocemos mal a los santos de nuestra propia Orden y no quisiera que el P. Joseph, pobre en muchos aspectos, pasara desapercibido una vez más.

Pero ¿qué nos inspira el P. Joseph?. No es evidente para la gente de hoy, sobre todo para las últimas generaciones. Corremos el riesgo de quedar impresionados en primer lugar por las cosas que nos alejan de él, y la lista podría ser bastante larga.

Recordemos que su vida fue extremadamente breve: **6 de marzo de 1878 - 17 de junio de 1903**, lo que da 25 años. Joseph, como niño, es pobre en muchos aspectos, aunque viene de una familia que, económicamente hablando, no lo es. Pequeño y de constitución débil, le cuesta trabajo seguir las clases, hasta tal punto que su dificultad para estudiar es un obstáculo para entrar en el seminario. Sin embargo, a él le gustaría tanto llegar algún día a ser sacerdote. Finalmente, entra en la trapa de Santa María del Desierto en el **5 de diciembre de 1894**. Allí llevará una vida que no

tiene nada de especial y allí también lo que impresiona es su vulnerabilidad. Necesita un padre espiritual que apacigüe continuamente sus escrúpulos. Nunca tendrá un cargo particular en la comunidad. Algunas veces irrita por su torpeza en el trabajo. El caminito seguido por él, es quizá aun más humilde que el de Teresita de Lisieux. Joseph no tiene los dones naturales de Teresa. Además, después de 100 años, mucho en su vida “está anticuado”. Según nuestras medidas actuales, Joseph era ciertamente demasiado joven cuando fue admitido en el monasterio. Es un niño de 16 años el que llama a la puerta. Podemos decir que Teresa de Lisieux sólo tenía 15 y que el P. Malet – su padre espiritual, del que hablaré después– entró a los catorce! Pero, a primera vista, Joseph no tiene su talla. Siempre aparece frágil y dependiente. Por ejemplo, le atormenta el miedo ante la idea de tener que dejar su monasterio en medio del clima anticlerical que reina en Francia. La “Ley sobre las asociaciones”, que lleva consigo la expulsión de las congregaciones religiosas, es efectivamente votada en 1901. La amenaza es seria y el P. Abad hace trasladar una parte del mobiliario y de la biblioteca. Se preparan para dejar el sitio. Finalmente, gracias a la intervención de Dom Chautard, los trapenses no saldrán de Francia, pero Joseph nunca lo sabrá. Lo que obsesiona a Joseph es sobre todo el verse privado del P. André que continuamente apacigua sus escrúpulos y le anima. ¡Lo necesita tanto!. Además “el mundo” le parece hostil y peligroso. Poco a poco, después de un serio trabajo sobre sí mismo, aceptará cualquier eventualidad. Teresa de Lisieux ha vivido en la misma época (murió el mismo año en que Joseph hizo su profesión temporal). Pero ésta sueña espontáneamente con el martirio y la confrontación excita su combatividad. Joseph no tiene tampoco la penetración intelectual de la carmelita, que se entusiasma por el estudio mucho más allá del mínimo necesario. Joseph estudiará con enorme dificultad a pesar de una real curiosidad intelectual. Pero ésta se limita a lo que debe conocer para ser un buen monje y especialmente sacerdote. La dificultad para los estudios será siempre su cruz. Una última comparación con Teresa: ella hubiera querido ser misionera y se interesa muy concretamente por las “personas que hay que convertir”, mientras que el interés de Joseph no parece ir más allá de los muros de su abadía.

Sin embargo me han impresionado sus cualidades, menos brillantes, pero sólidas: su fe y su confianza, su honradez, su sensatez (no es en manera alguna un tonto), un sano discernimiento, una voluntad de hierro. Es un lector asiduo: siente necesidad de alimentar su espíritu, incluso durante la oración (además, sin la lectura se duerme o se distrae). Escribe mucho: toma notas de los libros, hace oraciones y reflexiones. Señalo solo una: “¿Para qué sirve la vida religiosa si uno no se modifica?” esta fórmula está bien acuñada para expresar la fidelidad. El verbo en su forma pronominal –al menos como Joseph lo emplea– es inhabitual en francés. Modificar*Se*, en Joseph Cassant, implica por una parte que hay que permanecer fieles a sus raíces –no se hace uno completamente diferente– pero, por otra parte, que se cambia realmente y de una manera determinada–, de lo contrario, uno se petrifica. Una buena pregunta para hacérsela de vez en cuando: ¿*me* modifico? El P. Joseph probablemente se la aplicaba solamente a sí mismo. Pero podemos ampliarla (la expresión “la vida religiosa” invita a ello): ¿*Se* modifica mi comunidad? ¿y la Orden? En este sentido, modificarse es una ley de la vida.

¿Su gracia particular? Tengo la impresión de que, en primer lugar, es la inocencia; esa infancia que no se reconquista y que todos perdemos, salvo raras excepciones, como él. Se ve bien en su rostro, como lo muestra una foto de 1897. (De las pocas fotos que hay es, con mucho, mi preferida.) Lo que hace auténtica esta inocencia es una sensatez campesina, que le hace tener los pies en tierra, y, una fuerza de carácter poco común, que le hace avanzar sobre el camino emprendido, cueste lo que cueste. Si Joseph no es musculoso, es un gran trabajador. También es clarividente sobre sí mismo y sobre los demás. Reconoce sus propios límites y, en lugar de replegarse sobre sí, aprende a desprenderse de sí. Todo esto junto le hace finalmente muy fuerte. Al mismo tiempo, es desarmante, por estar cerca de la infancia evangélica. Podemos ir más lejos. Joseph se entrega a una búsqueda propiamente mística, gracias a la espiritualidad del Sagrado Corazón, unida a su sentido de la eucaristía. El Padre Marie-Joseph fue ordenado sacerdote el **12 de**

octubre de 1902. Su lema “Todo por Jesús” hay que tomarlo al pie de la letra. No se trata aquí de devociones sentimentales o superficiales. Por este camino –y siempre permaneciendo hijo de su tiempo– restablece una tradición que tiene sus raíces en el siglo XII, e incluso en la biblia. ¿Cómo Joseph no habría sido un hombre de corazón? Se comprende que todos le amasen. ¿Todos?. Menos un hermano de la comunidad que, además, era profesor de teología y más tarde será su enfermero. No perdió ninguna ocasión para humillarle. El heroísmo de Joseph comienza aquí y llegará a su cumbre en su muerte por la terrible enfermedad de la tuberculosis, incurable en su tiempo y descubierta demasiado tarde. Este sufrimiento físico le somete a la prueba decisiva ante la cual las ideas abstractas o el sentimentalismo no pueden resistir. Joseph, aquí, da la talla mostrando bien tener el mismo temple de Teresita. La última etapa de su vida sobre la tierra es realmente muy semejante. “Vivir sólo de amor y por amor”: esto podría ser de San Bernardo o de Santa Teresita. Es de Joseph.

Para sintetizar la enseñanza del P. Joseph, repito con gusto las palabras de Dom Bernardo Olivera en la homilía del 17 de junio de 2003, en Sainte Marie du Désert :

Joseph era : un pobre que se aceptaba como tal ;
un discípulo de Jesús que se dejaba instruir ;
un joven monje que se dejaba guiar.

Joseph sabía : buscar la paz y seguirla;
ser capaz de olvidarse para servir a los demás ;
renunciar a su propia voluntad para abrazar la del Señor.

Joseph es : un enamorado que se dejó crucificar;
una persona agradecida que se transformó en acción de gracias (eucaristía) ;
un sacerdote del Señor que se inmoló sobre el altar.

No puedo pasar adelante sin hablar del papel esencialísimo del P. André Malet, su maestro de novicios, padre espiritual y profesor de teología (más tarde será abad de la comunidad). Una figura de muy alto nivel, un guía sin igual. Sin él, Joseph, nunca habría sido lo que ha llegado a ser. El P. André discernirá el peligro de una austeridad buscada por sí misma y sabrá orientarla hacia un fin más auténticamente monástico e incluso místico. La penitencia no tenía que ahogar la contemplación. Se trata de amar. Lo demás tiene su lugar, pero está subordinado. Transmite a Joseph la espiritualidad del Sagrado Corazón –en pleno auge en aquel momento– y un sentido profundo de la eucaristía. Se tiene la impresión de que todo estaba ya en la primera frase que el P. André dirigía a Joseph cuando éste llegó a la puerta del monasterio: “Yo te ayudaré a amar a Jesús.” En la aventura espiritual que han sido llamados a vivir juntos, Joseph será un ejemplo de confianza y de obediencia; el P. André será un ejemplo de discernimiento. Finalmente, el discípulo precederá al maestro. Éste último lo ha comprendido deseando ser enterrado a los pies de su hijo espiritual.

Se comprende que el Abad General, cada vez que se presenta la ocasión, le guste hablar del hermanito como de un patrón para nuestro tiempo y para nuestra Orden. En un tiempo donde hay toda clase de las precariedades, el P. Joseph puede ayudar a todos/as los que sufren con sus limitaciones. Él es la prueba de que el camino de la santidad está abierto para ellos/as.